

HOMENAJE A DON VICTOR ANDRES BELAUNDE
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(Sesión Pública del 19 de julio de 1984)

DISCURSO DE DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS
A NOMBRE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA
LENGUA

El Centenario del nacimiento de Víctor Andrés Belaúnde no puede dejar de ser celebrado en el seno de la Academia Peruana de la Lengua, ya que él formó parte de los reorganizadores o refundadores de nuestra Corporación en 1917 y la dirigió entre 1947 y 1966. Es la figura rectora de nuestra Academia en ese lapso que está bajo el signo idealista de José de la Riva-Agüero, Director por diez años entre 1934 y 1944, que pasa por los veinte años de Belaúnde y que adquiere concreción y encauzamiento en los doce años ejemplarizadores de Aurelio Miró Quesada Sosa entre 1967 y 1979.

No puedo dejar de recordar que en las postrimerías de su actividad de Director y de su vida, nos tocó ingresar a tres miembros de la actual Directiva de la Academia, junto con el recordado Pedro Benvenuto Murrieta. Y que nacimos así para la vida académica, bajo su paternal y efusiva personalidad. Fue él quien saludara nuestra presencia; y su verbo generoso y fluente unió en el caso personal la

tarea de escritor y de maestro universitario al ancestro arequipeño común y a la amistad que unía a su familia con la de mi padre. Dentro de la generación arielista, el médico Manuel O. Tamayo, muerto a los 31 años, dedicó los últimos años de su cortísima existencia, al estudio de las ciencias políticas al lado de los generadores de un nuevo examen de nuestra cultura, entre los que figuraba el entonces impetuoso crítico de la sociedad peruana: Víctor Andrés Belaúnde. Fueron las primeras décadas de este siglo las que vieron plasmarse con criterio científico y con erudición sintética del positivismo finisecular y de reacción idealista, a una auténtica generación de pensadores y entre ellos destacaría Belaúnde por la pasión de su verbo, por la pasión de su peruanidad, por la pasión posterior de su fe.

Un académico ilustre, miembro de su generación y del que hemos de celebrar pronto también el Centenario de su nacimiento, Oscar Miró Quesada, Racso, se encargó de señalar en expresivas notas las calidades de la persona y de la obra de Belaúnde, al pie de sus restos, en el momento mismo de la emoción producida por su repentina y a la vez singular muerte, a los 83 años, después de haber pronunciado un discurso ante las Naciones Unidas, foro donde brillaba su madura y crepuscular voz llena de los hermosos contrastes de personalidad barroca, donde el conceptismo se unía a la expresión alambicada y brillante, pronta al chispazo que encendiera el fuego de sus oraciones alimentadas por el rico arsenal de su lenguaje.

Al año siguiente, otros dos académicos nos hablaron de Belaúnde al conmemorarse el primer año de esa su muerte, que se confunde desde entonces, por la continuidad de las fechas en diciembre, con la celebración de su nacimiento: José Jiménez Borja, quien hizo un estudio detenido del pensamiento de Belaúnde a través de su extensa bibliografía, pero particularmente centralizado en *Peruanidad*, como cifra final de su intenso buceo en la realidad

nuestra, con la serena quietud de una luminosa senectud, más allá de los duros adjetivos de su agresiva actitud juvenil que pueden apreciarse en *Meditaciones Peruanas*; y Mariano Iberico Rodríguez, quien lo siguió a través del proceso dialéctico de Kant, Pascal, San Agustín, que llevan de lo más cercano a lo más lejano en el tiempo, pero que por reversión del pensamiento conducen a la síntesis viviente de Belaúnde que se refleja en su amado maestro de Hipona. La predilección de Víctor Andrés Belaúnde por este tema se halla en su libro *San Agustín y la filosofía de la juventud* editada por Lumen en Lima, en 1946.

La personalidad de Víctor Andrés Belaúnde estuvo hábilmente diseñada por un discípulo fervoroso como José Pareja Paz Soldán. Su obra toda se resume en la nota introductoria a *Peruanidad* que ha escrito otro de sus discípulos, César Pacheco Vélez, en la quinta edición publicada por el Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú. Y habría que citar entre sus más connotados panegiristas a Alberto Tauro, que trazó su papel ante la historia de nuestra patria y a Carlos Cueto, que al llamarlo "Amauta" señaló su rol de educador, sumándose a los que vieron su eminente carácter académico y docente en el transcurrir del Perú del presente siglo. Ambos mis compañeros generacionales reaccionaron entonces y reaccionarían hoy con el mismo sentimiento ante similar memoria de tan ilustre pensador.

Hay un párrafo de Carlos Cueto, en 1963, en el homenaje a Víctor Andrés Belaúnde, que puede repetirse hoy teniendo como figura central del acto el mismo personaje histórico de entonces: "Señor Presidente de la República, estoy convencido de que usted está vinculado a don Víctor Andrés, nuestro gran maestro, no solamente por los vínculos de la sangre; hay también una identidad tan fundamental, tan esencial como ella, que palpita como contrapunto y como resonancia, como fondo en la obra de ustedes, a

saber: la convicción de que el Perú actual debe considerarse como el delta en el cual desembocan los legados del Perú y que, a la vez, la Historia del Perú, los legados del Perú deben constituir un estímulo incesante para que las generaciones de hoy y de mañana hagan de nuestro país, el país que debe ser ...”.

En *Arequipa de mi infancia*, primer tomo de sus *Memorias* aparece la ciudad formadora de su personalidad: una sociedad compuesta principalmente por hidalgos de clase media, donde no existe mayormente el brillo de las ciudades centro de latifundistas o forjadas como la capital dentro de una incipiente burguesía donde hay una sociedad bursátil y comercial al lado de los grandes propietarios urbanos. En Arequipa se dan la mano los señores empobrecidos, los políticos sin fortuna, los revolucionarios de todas las causas y los chacareros que forjan el espíritu de la población, los mismos que alimentan la infancia de un poeta como Percy Gibson o los devaneos filológicos de un escritor como Francisco Gómez de la Torre, que hurga en los habitantes de los aledaños las variaciones fonéticas y morfológicas que corresponden a características peculiares del campesinado chacarero de la Arequipa básica del siglo XIX y que se proyecta a las primeras décadas de este siglo.

Ha sido ya tantas veces citado un párrafo sobre Arequipa de auténtica entraña literaria. “Mi vieja ciudad, mi vieja casa; paisaje soleado bajo el domo azul; alameda de sauces; campos tornasolados de trigo; blancas canteras de lava volcánica que tallaron tus hijos para decorar el alba majestad de tus templos; aguas cristalinas que parecen aire” ...; y que terminan con aquello de: “vieja catedral inundada de luz, resonante con las notas del órgano en los días de dolor y de alegría, entre cuyas torres, por el espacio abierto, se yergue como frontispicio gigante la cumbre nevada del volcán tutelar” ... Ese aliento poético surge muchas veces dentro de su obra sociológica y dentro de

sus ensayos filosóficos, pero se hizo muy presente en su estudio sobre Amado Nervo, poeta mexicano del paso del modernismo al postmodernismo y de preocupación metafísica al lado del sentimiento del amor, y que muriera entre sus brazos, en Montevideo, un día de 1918.

El segundo plano de la formación de la personalidad de Belaúnde se da en Lima, donde llega tan joven entre la desgracia del padre y la ambición de un adolescente lleno de inquietudes, que se traducen desde el primer momento en su aproximación a los otros jóvenes críticos de la realidad peruana, a la que atacan por las condiciones del medio premunidos de su idealismo novecentista que surge de las mismas bases de su formación positivista universitaria, como reacción antitética en un momento del proceso cultural del Perú. Frente a maestros como Manuel Vicente Villarán estarían los jóvenes arielistas como Francisco García Calderón, gran conductor del pensamiento socio-político de la juventud hispanoamericana del novecientos, y en cuyas filas se va alineando Víctor Andrés Belaúnde en Lima y concretamente en la Universidad de San Marcos.

La visión del Perú desde fuera, el enfoque de un país sudamericano visto dentro del contexto universalizante de la cultura occidental y su identificación con un pensamiento continental que tiene por maestro de la palabra poética a Rubén Darío y por maestro de los ideales contrarios al pragmatismo anglosajón del uruguayo Rodó; y la búsqueda de una personalidad mestiza que tenga de indio y de español, completan los rasgos forjadores de un pensador de la primera mitad de este siglo, en el que la iluminación de la fe readquirida como luz de la madurez le da caracteres especiales que tratan de hallar la plenitud que él pretende alcanzar a través de la figura de San Agustín.

Podríamos dividir la vida intelectual de Víctor Andrés Belaúnde en varias etapas, aunque en todas ellas aparezca

la misma personalidad exultante con una vigorosa salud espiritual y física.

Sus balbuceos —aunque sean balbuceos muy enérgicos— los tenemos en sus tesis universitarias donde su preocupación está entre el estudio y la crítica de la filosofía positiva y su intensa preocupación por el Perú, que no ha de cejar: ya por sus límites que son como las líneas de su corazón, ya por la antigüedad de sus instituciones, ya por sus infortunios. Sus investigaciones se suman a su imaginación alimentada por un rico venero de lenguaje que va profundizándose en el camino. Y así vemos remover mitos amazónicos al lado de las condiciones sociales del antiguo Perú Incaico y reproducirse el legendario paso de las huestes de ese imperio hacia las cuencas verdes del Amazonas.

Pero una segunda etapa, definida en conclusiones, estará presente en lo que ha de reunir con el sugerente título de *Meditaciones Peruanas*. Sus ensayos sobre “psicología nacional” y su estudio sobre “la crisis presente”, que se complementaría con el de “la vida universitaria peruana”, responden a una aguda crítica de nuestra sociedad, donde la palabra ácida está unida a un temperamento de abierto desmenuzamiento de nuestro carácter, con minuciosa severidad que recordaría en parte al González Prada aún vivo y que ha de merecerle de muerto el elogioso comentario de *Mercurio Peruano*, en su segundo número de agosto de 1918. “Como en todas las figuras excelsas —concluirá Belaúnde— las garras del león sabían aprisionar rosas”.

La larga lista de nuestros defectos se halla en el primer plano de la conciencia del Belaúnde de los años que corren entre 1910 y 1918. *Nuestra incoherencia; nuestros rencores* (que no llegan a la grandeza del odio); *nuestra ironía* (que no pasa de la burla y el ingenioso chiste); *nuestra ignorancia* (que corre pareja con nuestra suficiencia); *nuestro decoratismo* (que alcanza la nota peyorativa de lo que entendemos hoy por huachafo); *nuestra pobreza sentimental* (que

muestra la chatura de un espíritu que no pasa de la sensibilidad), constituyen referencias que son duros esquemas críticos sobre una realidad que no llega a formar una verdadera personalidad nacional. Y sin embargo, Belaúnde reacciona con intensa preocupación amorosa frente a ese niño herido que no ha logrado alcanzar adultez y que muestra empero tan profundas afecciones en su organismo. A este análisis de la personalidad peruana continúa el análisis también de la consecuente crisis en que se debate el Perú de la primera guerra mundial, con situación financiera desesperada y con agudas tensiones sociales, que ausculta ya particularmente en su campaña política de Arequipa, en 1915.

Con una mayor serenidad, no exenta de su pensamiento crítico de entonces, vendrán sus ensayos sobre la "realidad nacional" de 1917-1918 en que va aplicando a casos concretos su visión correctiva dentro de un más moderado concepto, ya que llamará "deficiencias de la cultura nacional" lo que antes fueran características de una patológica psicología social. Y así llega a crear con noble afán ese extraordinario logro del periodismo culto nacional que fue el *Mercurio Peruano*, nominado así en homenaje al antiguo *Mercurio Peruano*, el del siglo XVII, producto de la Sociedad Amantes del País. Allí Belaúnde estampa aquellas palabras que han de ser lemas y consagración de toda su obra futura: "esa especie de pasión por el Perú que era el alma de la gloriosa revista (la antigua) necesita transmitirse de generación en generación, sino queremos que la conciencia nacional languidezca o se extinga" . . . "Deseamos seguir ahondando en el suelo patrio, penetrar en los secretos de nuestra vida pasada, plantear nuestros problemas desde el difícil y único punto de vista, para contemplarlos, que es *el punto de vista propio*" . . . "Queremos por último, que nuestra inspiración literaria, que languidece de exotismo y de artificio, se remoce acudiendo a las eter-

nas fuentes de la tierra y la historia" ... "No entrabarán nuestra acción ni sectarismos de escuela, ni estrechos intereses de círculo. Nuestra fe profunda en los grandes valores que ha restaurado la filosofía idealista contemporánea no es incompatible con la intensa comprensión y el respeto por todas las ideas; y nuestro empeño nacionalista no amenazará, por cierto, la atención que prestaremos a las cuestiones de interés para el continente y a los problemas que plantea esta hora tan grave para la humanidad". Así se condensaba el pensamiento del idealismo novecentista aplicado al Perú y comenzaba a aparecer en él claramente la imagen de un Perú mestizo, que habría de alimentar Belaúnde y su generación frente al radical autoctonismo que surgiría fuertemente en la década de los años veinte. La cultura peruana y su organización institucional para Belaúnde habría que verlas desde el punto de vista estrictamente nuestro; es decir, con perspectiva y conclusiones peruanas.

La tercera etapa de la vida intelectual de Belaúnde estará dada por el exilio correspondiente a su oposición a la dictadura de Leguía, demagógica y corrupta, que analizará en una tercera parte de sus *Meditaciones Peruanas*, que habrá de suprimir en alguna de las ediciones. Considera cómo Leguía inició el camino de la destrucción de las instituciones y el empleo sistemático de la corrupción como método político. Pero el exilio que sufre entonces habrá de abrirle el campo de la vida internacional. Su contacto directo con los problemas de nuestros países y la investigación de los mismos en universidades y centros de investigación, que ya había adelantado, lo llevarán a la conciencia de las corrientes latinoamericanistas e iberoamericanistas a través de su estudio de la revolución emancipadora de América Latina y en particular a través de la figura de Bolívar, a quien admira pero al que a la vez enjuicia en su variante política final de la para él prematura Federación

de los Andes. A través de esta experiencia intelectual de continentalidad, se muestra recalcitrante nacionalista y su espíritu alimentado por la vuelta a un catolicismo no sólo practicante sino pensante, lo conduce a una síntesis de la realidad nacional, que así bautizará su libro, en pugna con los ensayos de José Carlos Mariátegui, a quien admira y combate; y, más tarde, a los textos de *Peruanidad*, donde se hacen concretos sus pensamientos sobre el Perú, sobre su personalidad mestiza, sobre sus condiciones, sobre el pasado en que ha de afirmarse el porvenir que él cree intuir.

Y así podemos plantearnos esta cuarta etapa definitoria y sintética de la personalidad de Belaúnde que, volvemos a insistir, muestra la salud de su temperamento por sobre cualquiera deficiencia o sobre cualquier camino de su pensamiento que pueda parecernos errado a algunos de nosotros. Como lo ha dicho César Pacheco Vélez la trayectoria de meditación sobre el Perú concluye o "culmina" en el libro cenital de Belaúnde: *Peruanidad*. Y por otra parte, su mundo de las ideas, su plano filosófico, se hace creación en *La síntesis viviente*.

En *Peruanidad*, Belaúnde define los caracteres del Perú como Nación, como Patria y como Estado, deviniendo todos esos conceptos del proceso histórico en la formación de una entidad espiritual. Y establece su tesis sobre el signo de la cultura peruana entre las cuatro posiciones que él cree encontrar en los estudiosos de ese ente nacional que se denomina Perú: la peninsularista que nos considera como apéndice de la cultura hispana; la autoctonista que nos aprecia sólo en función del elemento indígena anterior a la conquista; la fusionista que piensa que esos dos elementos están unidos por mera yuxtaposición; y lo que él considera la peruanidad integral: una síntesis viviente, o sea "la asunción hecha por los elementos hispano-católicos de los elementos biológicos, telúricos y culturales existentes en

el Perú al tiempo de la conquista". En verdad no puede tenerse un criterio de simple o compleja asunción de los elementos aborígenes a una cultura occidental, pues el proceso de mestizaje es múltiple y se continúa realizando dentro de una transculturización y ósmosis permanentes. Es claro que la generación novecentista buscó un indigenismo sui géneris y trató de interpretar los valores culturales autóctonos, pero se opuso al criterio extremo de la asimilación de lo occidental a un fondo indígena fundamental dentro de una indigenización de lo europeo, que era sólo modificado por las fuerzas culturales procedentes de la península ibérica.

Nadie puede negar el sentimiento de aproximación al indígena en la obra de Víctor Andrés Belaúnde. Si tuvo una visión conservadora con respecto a la idea de su asimilación a una nacionalidad integral, no puede negársele su profundo afecto por los problemas de la población denominada indígena y su caluroso sentimiento de ser copartícipe de la parte cultural que le corresponde tan primordialmente en la constitución mestiza de nuestra entidad cultural. "Os diré que uno de los momentos más gozosos de mi vida fue aquél en que pude descubrir un manto de Paracas en el hall principal de las Naciones Unidas", dirá en su discurso de agradecimiento al homenaje que se le tributó al cumplir 80 años de vida. Y al encontrar así una representación viva del Perú reconoce el legado y al mismo tiempo la perennidad de ese aporte indígena a la concepción totalizadora de nuestro país. De allí partirá para sentir la emoción de "la grandeza en los destinos del Perú", que no escapan ni pueden escapar a la tradición indígena de nuestro país.

Se ha planteado respecto al indigenismo y como ejemplo, en el último tiempo, una discusión en torno de la posición de Arguedas con respecto a ello. Es indudable que en el primer capítulo de *Los ríos profundos*, el niño Ernesto (Arguedas) ve el muro incaico como esencial y el encalado del segundo piso sólo como un elemento que da

luz a la base; pero a través de toda su obra se puede señalar que el mestizaje que él representa significa la absorción continua de lo occidental al mundo autóctono peruano. Frente a ella surgiría la tesis de Belaúnde de considerar que en el momento mismo del encuentro de las dos culturas se enciende la chispa de una nueva cultura que es la auténtica peruana. El serio estudio de Belaúnde lo lleva a los campos diversos de las instituciones peruanas que a través del virreynato y la república corresponden a esa síntesis viviente que se produce en el momento mismo del encuentro-choque. Octavio Paz ha hablado de ese nacimiento por violación de lo indígena, de la cultura mexicana. El problema del Perú como ente cultural y los problemas del Perú como organización nacional forman, pues, el vasto panorama de ese libro fundamental y presto a la polémica que es *Peruanidad*, texto básico para la interpretación de nuestra realidad cultural.

El mismo término de "síntesis viviente" que se convierte en una teoría filosófica sirve para sus estudios de este carácter, que lleva al pensamiento cristiano sobre las ideas sociales y políticas. La síntesis viviente está respaldada por sus conceptos de inquietud y serenidad que pasan de Pascal a Spinoza y culminan en la iluminación y trascendencia de San Agustín.

Habría que agregar a esas dos direcciones del pensamiento de Belaúnde, la del internacionalista que se inicia en el conocimiento de los problemas peruanos de frontera, que adquiere su madurez en los estudios del nacimiento de los estados independientes latinoamericanos con la figura central de Bolívar y su aplicación serena, con la luz plácida de una senectud iluminada, en su actuación en las Naciones Unidas, donde el discurso está por sobre el ensayo. A través de conferencias y discursos, Víctor Andrés Belaúnde resplandece como tribuno. Enrique Chirinos llega a decir que "no obstante su obra publicada, a despecho de la

aptitud polémica que tan noblemente ejercita respecto a José Carlos Mariátegui en *La Realidad Nacional*; o de la hondura del análisis que practica en *La crisis presente*; o de la erudición jurídica, geográfica o histórica de *La constitución inicial del Perú*; o de las intuiciones felices y los espléndidos hallazgos de *Peruanidad*; o de la poesía filosófica que impregna las páginas contadas cuanto substanciosas de *Inquietud, serenidad y plenitud*; yo diría que el don de escribir es secundario en quien nació con el don de hablar, y lo ha cultivado a lo largo de su vida de conversador infatigable y de tribuno impaciente. Por eso, para mi gusto, el libro mejor de Belaúnde es la colección de Discursos que pronunció en el Congreso Constituyente de 1931 como representante por el departamento de Arequipa". Habría que añadir a esa cita de Chirinos, sus discursos en las Naciones Unidas y los constantes de diverso género pronunciados a través de su multifacética existencia. Habría que señalar no sólo su elocuencia de tribuno, sino su calidad de manejador del lenguaje y el estro poético que hay detrás de sus manifestaciones de elocuencia, donde hay brío y énfasis pero también delectación en el oficio misterioso de la palabra. Y eso se ratifica por una frase de ese mismo político citado: "Yo no conozco provincia de la belleza que sea ajena a su entusiasmo". Tal vez si en ello estriba toda la obra múltiple de Víctor Andrés Belaúnde, por dentro del análisis objetivo está siempre ese impalpable palpar por la belleza que es base de la poesía y de la prosa de aquellos excelsos cultivadores de la palabra oral y escrita. Resumen de su existencia de escritor se halla en ello. Y la Academia Peruana de la Lengua al recordar a Víctor Andrés Belaúnde en el Centenario de su nacimiento, lo hace no sólo como el Director que fuera de la Corporación, sino por esa inapreciable contribución que a través de su obra hizo de la palabra, fundamento del lenguaje.

Al terminar estas frases en torno a la figura señera de Víctor Andrés Belaúnde hay que volver otra vez a sus propias emocionadas frases al cumplir ochenta años de vida, tres antes del paso a su consagración final: "Aunque son contados y breves mis días quiero concluir con una visión auroral" —decía; para terminar: "Mi luz crepuscular próxima a la noche, no atenuada por el Nirvana, pero sí enaltecida por la plegaria está más cerca de la luz de la aurora que del sol del mediodía" . . .

Y esa luz auroral la sentimos todavía como un rasgo de su inmortalidad. Si por un lado somos sueños o somos nada, podríamos añadir unas entrecortadas palabras de una carta de Van Gogh a su hermano Theo: "Si somos tan ligeros como eso, tanto mejor para nosotros, ya que nada se opone entonces a la posibilidad ilimitada de la existencia futura". Allí estaba basada la fe de Belaúnde. Nosotros pensemos que tuvo bien ganada esa inmortalidad que él pensaba entre su capacidad de soñar y su capacidad de creer.